

VERDAD Y EXISTENCIA EN EL POST SCRIPTUM KIERKEGAARDIANO: UN DESPLIEGUE RELACIONAL

JUAN FRANCISCO GARCÍA AGUILAR
Universidad Anáhuac

RESUMEN

El Post Scriptum kierkegaardiano da testimonio de que la condición propia del existente implica el dar un alcance significativo a la existencia por medio de un gesto interpelante. En la ocasión de la pregunta, el sujeto humano desvela su más genuina aptitud para indagar sobre la verdad de sí mismo y de su acontecer. De manera que el acto reflexivo procede como un ensayo que busca hacer del existir un acontecimiento revestido de sentido. En esta dinámica, se da una interacción sostenida entre el sujeto que pregunta y la realidad que sobreviene como un horizonte susceptible de ser significado. No obstante, esta relación entre el individuo que interpela y la realidad que acaece es asimétrica, pues ésta última es inabarcable y puede sobrepasar el intento del existente por significarla. A pesar de ello, el sujeto humano no queda inerme del todo, y recurre a su aptitud interpelante para hacer de su realidad concreta un hecho que resulte admisible como para ser existido. En este ejercicio el existente da cuenta y pone a prueba la verdadera potencia de su pensamiento.

Palabras clave: existencia, interpelación, significado y verdad.

ABSTRACT

The Kierkegaardian Post Scriptum bears witness to the fact that the proper condition of the existing implies giving a meaningful scope to existence by means of an interpellating gesture. On the occasion of the interpellation, the human subject reveals his most genuine ability to inquire about the truth of himself and his happening. So the

reflexive act proceeds as an attempt that seeks to make existence an event clothed with meaning. In this dynamic, there is a sustained interaction between the subject who asks and the reality that comes as a horizon capable of being signified. However, this relationship between the individual who interpellates and the reality that is happening is asymmetric, since the latter is unattainable and can surpass the attempt of the existing to mean it. In spite of this, the human subject is not totally defenseless, and resorts to his interpellant ability to make his concrete reality a fact that is admissible to be existed. In this exercise the existing confirms and challenges the true power of his thought.

Keywords: existence, interpellation, meaning and truth.

La referencia al acontecimiento del existir en el pensamiento kierkegaardiano conlleva la apremiante inquietud por una verdad que hable con transparencia acerca del ser del individuo humano. Tal hecho tiene lugar cuando el atender al suceso de la existencia, demanda la confirmación o desestimación de ciertas intuiciones acerca de lo que efectivamente constituye la realidad propia del devenir como existente. En Kierkegaard, este cometido primordial da forma a una primera interpelación que indaga sobre la situación en la que el individuo se encuentra colocado: *¿Dónde me encuentro y hacia dónde me encamino?, ¿Qué quiere decir eso de ‘el mundo y la vida’?, ¿Qué significan estas palabras de uso corriente*¹.

El gesto interpelante que acusa la necesidad de una explicación acerca del acontecer humano, arroja ya una primera verdad que antepone el horizonte en el que toda pregunta es posible, nos referimos al hecho de estar instalados en la existencia. Este punto de enlace es advertido por el pensador danés y supone la apertura de un itinerario reflexivo que se ocupará de anclar toda inquietud filosófica a la situación concreta en la que cada individuo específico deviene.

En cierto modo, la existencia incumbe a toda ponderación que examine aquello en lo que el individuo humano se ve involucrado cuando deviene. Por ello, el existir es del total interés para el sujeto, así como lo es su propia indagación sobre la vida y los aspectos de ésta en los que participa. De esta manera, la lectura kierkegaardiana de lo que podría denominarse el mundo humano, o sea, la posición precisa en la que el individuo se descubre situado y su peculiar manera de reaccionar ante este posicionamiento, anuncia una dialéctica que transcurre entre la determinación de los límites del existente frente a la

1 Søren A. Kierkegaard, *La Repetición* (Madrid: Alianza, 2009), 166.

existencia y la indeterminación que manifiesta la posibilidad del individuo para responder ante la situación concreta en la que se encuentra.

De esta suerte, el interés en existir subyace como un propósito que orienta la manera en como es vivida la realidad en la que el existente se ve situado, y frente a la cual, el individuo replica apropiándose de ella a través de su empeño reflexivo. El pensamiento da cuenta del cometido que el sujeto sigue para clarificar su propia situación de existente, y la pregunta por la verdad de lo humano responde a un intento por existir en lo que ésta pone de manifiesto, *por tanto, el que pregunta por la verdad es un espíritu existente, probablemente porque quiere existir en ella, pero el que pregunta es en cada caso consciente de ser un hombre individual existente*².

La importancia por dar con una explicación suficiente de lo que supone el existir se abre paso en tanto que tal clarificación es exigida por la situación en la que el individuo se encuentra, de suerte que el sujeto da alcance a un entendimiento de sí y del mundo que existe. Sin embargo, este empeño puede verse opacado, incluso obstruido, por las dificultades que supone lograr tal entendimiento. En Kierkegaard, este contratiempo recae en el aspecto inabarcable que reviste a la existencia, es decir, en la incontenible vastedad con la que la realidad deviene frente al individuo que la existe. El aspecto indeterminable con el que la existencia procede estriba en el sobrepaso con el que ésta se comporta respecto de los límites que el individuo humano dispone para apropiarse de ella, en otras palabras, la existencia adelanta al existente que se empeña en existirla, y tal suceso tiene lugar precisamente en situaciones irruptoras como lo podría ser, por ejemplo, la experiencia del sufrimiento.

No es objeto de este texto el profundizar en el acontecimiento del dolor, sirva simplemente como referencia del semblante superador e incontenible que emboza la existencia. El sujeto humano deviene descifrando la realidad en la que se encuentra, dándole alcance a través de su reflexión y su acción para hacerse del mundo que tiene por existir, pero la existencia acomete con su carácter irruptor, desvelando su condición superadora de todo límite que el existente elabora al disponerse a existirla. En cierto modo, este proceder del existir manifiesta que la existencia es inabarcable, tanto más cuando ella misma aventaja el límite que el individuo le pone y, hasta cierto punto, con ello el sujeto humano se descubre acotado por esa realidad que lo sobrepasa.

Por este motivo la existencia supone una contrariedad particular que amaga al existente desde el origen de toda reflexión y de toda acción, y así queda

2 Søren A. Kierkegaard, *Post Scriptum no científico y definitivo de Migajas Filosóficas* (Salamanca: Sígueme, 2010), 193.

prefigurada la dificultad que el individuo afronta al darse a la tarea de entender y de existir. Esta como discordancia primigenia que atraviesa la condición existencial del individuo humano representa un desafío que pone a prueba el atino de la aptitud reflexiva del existente. La recurrente disertación acerca del pensamiento abstracto y el pensamiento concreto que lleva a cabo Kierkegaard responde, precisamente, a la dificultad de dar con un entendimiento clarificador del existir. Así, los logros de la reflexión se ponen a prueba, en cuanto éstos se traducen en una manera de ocuparse de la existencia de forma que ésta corresponda al empeño de quien la existe.

La inquietud por dar con un esclarecimiento de lo que la existencia conlleva, más aún, de lo que el individuo humano es, anticipa la intención de vincular tal entendimiento con el mundo en que el existente vive. De suerte que la verdad del existir adquiere su sentido sólo si se repara en esta relación que se instaura entre lo que el individuo entiende y lo que existe: *Cuando se pregunta subjetivamente por la verdad, se reflexiona subjetivamente sobre la relación del individuo. Sólo cuando el cómo de esta relación tiene lugar en la verdad, sólo entonces es el individuo en la verdad*³.

De manera que el vínculo que se sostiene entre el individuo y la verdad responde al interés del existente por existir, y la verdad capta el interés en la medida en que se inserta en la existencia del que repara en ella. Para el filósofo danés resulta imprescindible someter la consistencia de lo verdadero al filtro de la realidad concreta que el sujeto humano tiene frente a sí, de suerte que lo obtenido por el pensamiento fija su valor en la pertinencia que el existente alcanza para ocuparse de lo que tiene por existir.

Esta pretensión parece reducir, y lo hace un poco, el problema de lo verdadero a una idoneidad de la existencia que reclama como acertado solamente aquello que la hace susceptible de ser vivida por el existente. De suerte que la reflexión pierde cuando lo deliberado no se traduce en la ejecución de un modo oportuno de devenir en la existencia. Tal situación es advertida por los críticos de Kierkegaard, como es el caso de Adorno, quien acusa el contenido privatizante del pensamiento kierkegaardiano, *ya que su escenario es la oscuridad de la inmanencia subjetiva, sin esperanza desde el principio*⁴. Desde esta perspectiva, la subjetividad kierkegaardiana podría considerarse un exceso, y tal vez debería admitirse como tal, no obstante, la propuesta del pensador danés desnuda una cuestión insoslayable para todo el que se ocupa de pensar, y el asunto

3 Kierkegaard, *Post Scriptum*, 200.

4 Theodor Adorno, *Kierkegaard, construcción de lo estético*. (Madrid: Akal, 2006), 21.

consiste en caer en cuenta de la manera en que lo pensado se filtra y replica en la situación concreta que da pie al acto reflexivo.

En el apunte de Kierkegaard, el pensador se abre a la reflexión precisamente porque se ha visto provocado por una realidad que demanda de él un cierto empeño, de suerte que ésta se vea como alterada por la intervención humana que tiene lugar en el pensamiento y en la ejecución de lo pensado. La complejidad de esta consideración puede verse esclarecida en la figura del pensador subjetivo que: *Al pensar, piensa lo general, pero en la medida en que existe en este pensamiento, en la medida en que lo adquiere en su interioridad*⁵.

Así es como el movimiento reflexivo que tiene lugar en el individuo va precedido de cierto abandono de toda neutralidad, y tal condición es requerida, de hecho, por los eventos que suscitan la intervención del pensamiento. En otras palabras, el que piensa lo hace porque se ha visto provocado por algo y porque desea reaccionar específicamente para alguien, puesto que es la existencia de sujetos concretos la que se ve involucrada en aquello que se busca entender y existir. De esta forma queda establecida una íntima relación entre el pensador y lo que piensa, ya que éste termina por identificarse con aquello que descubre y propicia su propio pensamiento.

Por este motivo Kierkegaard afirma que el pensamiento personaliza, es decir, que el individuo se vale de su reflexión para aproximarse a la realidad de sí y de lo que vive, orientado por lo que entiende o desea entender⁶. De manera que el recurso de la reflexión es una manera de *existir qua persona*⁷, o sea, de asistir al acontecimiento de la existencia ensayando un entendimiento clarificador de ésta y del sujeto que la existe. De suerte que la inquietud por la verdad actúa como un enclave que desvela el vínculo sostenido entre la existencia y el existente.

De esta manera todo pensador procede como un existente que al pensar mantiene una relación entre su ser y lo que piensa⁸. Así la reflexión personaliza y distingue al individuo, precisamente, por aquello que ocupa a su pensamiento. Esta ocupación del existir termina por “hacer” al individuo, lo que quiere decir que el interés de la reflexión y el mismo acto reflexivo se traducen en un modo peculiar de ejecutar la existencia, de suerte que toda acción comunica los alcances y límites que ha encontrado el pensamiento.

5 Kierkegaard, *Post Scriptum*, 82.

6 Cf. *Ib.*, 300.

7 Kierkegaard, *Post Scriptum*, 302.

8 Cf. *Ib.*.

El abordaje kierkegaardiano de la relación sostenida entre el pensamiento y el que piensa, nos permite apreciar de manera genuina que el encuentro con la verdad es una cita única y personal, ya que el que entiende lo hace atendiendo a lo que motiva su reflexión, y esta motivación conserva un carácter original, en tanto que la existencia provoca a cada uno de forma peculiar, y aun cuando lo reflexionado puede ser objeto de pensamiento para muchos, nadie piensa ni entiende por otro, puesto que nadie existe en lugar de otro. Por ello, la reflexión es como una responsabilidad insoslayable que no puede ser delegada, en la que *la tarea del pensador subjetivo es comprenderse a sí mismo en la existencia, [pues] el pensador subjetivo comprende que el concepto abstracto se traduce en un hombre concreto, en este individuo humano existente*⁹.

El encuentro con lo verdadero procede como un suceso personal, que responde al interés que el individuo comporta al verse provocado por un hecho concreto, sin embargo, a pesar de la indudable relación que el pensador mantiene con lo que piensa, el entendimiento no es un mero producto de la reflexión. El existente se da al cometido de existir y se vale de su pensamiento para lograrlo, pero lo pensado tiene lugar, precisamente, porque hay una realidad que *aparece* frente al individuo¹⁰. Este otro componente necesario en el acto de entender, conlleva una importancia fundamental en la actividad reflexiva. Si el individuo piensa, es debido a que hay una realidad por pensarse, y la manera de proceder de la misma, como hemos dicho, no transita sin captar la atención de quien la existe, es más, su efecto resulta de tal impacto, que el individuo abandona toda postura neutral para darse a la tarea de entender lo que específicamente se vuelve esencial para su devenir en la existencia. El movimiento del individuo que piensa se dirige al encuentro con la verdad, pero la verdad, también, tiene su propia cadencia y “aparece” indeterminada frente al individuo que la busca.

Esta indeterminación responde al aspecto inabarcable con el que la existencia deviene en dirección a quien la existe, y termina por arrojar al existente a una barrera que delinea el borde de aquello que el individuo se dispone a pensar. La inercia del pensamiento es potente, no obstante, tiene un límite moldeado por el horizonte en el que el existente pretende entender. Así, la reflexión se topa de lleno con un lindero que anuncia la cortapisa del empeño humano que es capaz de alcanzar un cierto entendimiento, pero no de entenderlo todo de manera absoluta y definitiva.

El pensamiento ensaya clarificar la existencia constatando aquello que cobra importancia en la situación concreta que el individuo existe, pero tal

9 *Ib.*, 346.

10 *Cf. Ib.*, 338.

suceso no es resultado de una mera actividad especulativa, pues en el devenir también tiene lugar *lo accidental*, y en ello radica la enorme paradoja, a saber, en que *lo accidental es plena y absolutamente igual de necesario que lo necesario*¹¹. De modo que la realidad que el existente tiene frente a sí, también es consecuencia de acontecimientos que aparecen contingentes, y que incluso sobrevienen tomando por sorpresa al existente que se descubre sobrepasado por algo no previsto por el pensamiento.

El existente es apto para pensar la existencia en la que deviene, pero su aptitud se ve sobrecogida ante un horizonte que aventaja a la pretensión reflexiva. De modo que la verificación de lo que el pensador ni siquiera había vaticinado, pone de manifiesto que el entendimiento del sujeto humano se encuentra flanqueado por una realidad tan vasta que acaba por superar las intenciones que subyacen a la reflexión. El límite con el que topa el entendimiento se presenta así como una condición originaria de todo proyecto reflexivo. Por ello, la pretensión del entender se ve como supeditada a una realidad que no termina por caber en las conclusiones que obtiene el pensamiento.

La reflexión auxilia al existente para que éste de alcance a un modo oportuno de existir, sin embargo, los logros del pensamiento son parciales e inacabados, y ello no se debe necesariamente a que el pensamiento falle, sino a que *puede haber un sistema lógico; pero no puede haber un sistema de la existencia*¹². El devenir de la realidad subsiste por sí mismo e independiente de lo que el existente piense o deje de pensar, no obstante, la existencia es susceptible de verse intervenida por la acción del pensamiento, aunque esta intervención solamente altera la realidad, no la determina. Kierkegaard confronta de esta forma el postulado idealista de la identidad entre el pensamiento y el ser:

Las ideas son en sí tan abstractas, que son indiferentes a la existencia y a todo lo que no sea pensamiento-existencia. La razón porque la identidad entre pensar y ser se mantiene, es porque el ser no puede ser entendido más que como pensamiento [...] Y ¿no será más bien que un ser humano individual existente no es una idea; y que su existencia es algo distinto al pensamiento-existencia de la idea?¹³.

De modo que la existencia es capaz de sobrepasar lo que el existente piensa, porque ésta puede avanzar por sí misma, independiente a si es objeto o no de la

11 Søren A. Kierkegaard, "O lo uno o lo otro: un fragmento de vida I", en Larrañeta *et al.* *Escritos de Søren Kierkegaard*, Volumen 2/1 (Madrid: Trotta, 2006), 248.

12 Kierkegaard, *Post Scriptum*, 117.

13 *Ib.*, 326.

reflexión de quien la existe. En otras palabras, la realidad concreta que el sujeto humano tiene por existir no es el resultado consecuente y obligado de una especulación, por más que ésta sea excepcional, más bien, constituye un referente de lo que el existente desea entender, ya que la actividad del pensamiento tiene lugar, dado que la existencia dispone y provoca lo que el pensador busca clarificar. De suerte que la realidad existida se ve modificada por lo que el existente obtiene al pensar, pero de ninguna forma ésta responde invariablemente a lo que el individuo ha pensado, puesto que la función reflexiva es la de poner en claro, pero no la de producir lo que se busca entender, y así *topamos con la dificultad hacia la que Sócrates dirigía la atención en el Menón [...] a un hombre le resulta imposible buscar lo que sabe y le es igualmente imposible buscar lo que no sabe, porque lo que sabe no puede buscarlo, pues ya lo sabe, y lo que no sabe tampoco puede buscarlo, pues ni siquiera sabe qué debe buscar*¹⁴.

Así que la cadencia indeterminable con la que la existencia deviene no sólo constituye un referente para el pensamiento, sino que, además, se comporta originariamente paradójica para el pensador que se empeña en entender. No obstante, el individuo piensa y algo alcanza con su pensamiento, pero en tal situación, lo alcanzado se pone a prueba, precisamente, en aquello que la existencia dispone para ser vivido por el existente. De suerte que no es el individuo el que pone un límite a lo que puede ser pensado, más bien, es el sujeto humano el que procede siempre limitado cuando se da a la tarea de entender el mundo que tiene por existir.

De esta manera se hace manifiesto que el pensador necesita proceder con sensatez ante aquello que provoca a su pensamiento, ya que, sin duda, la pretensión del entender orienta la actividad reflexiva del existente, pero esta orientación no sigue una ruta lisa y llana, por el contrario, el entendimiento es un llamado al que no se llega sin toparse con obstáculos y contrariedades. Así es como tiene lugar la invitación kierkegaardiana a proceder con transparencia ante lo que el pensamiento desea entender, puesto que:

Pensar la realidad en el medio de la abstracción no encierra la dificultad de tener que pensarla en el medio de la existencia [...] Todo conocimiento de la realidad es posibilidad. La única realidad de la que el existente tiene algo más que conocimiento es su propia realidad, en la que se desenvuelve; esta realidad es su interés absoluto.¹⁵

14 Søren A. Kierkegaard, *Migajas filosóficas o un poco de filosofía* (Madrid: Trotta, 1997), 27.

15 Kierkegaard, *Post Scriptum*, 313.

La existencia y lo que ésta comporta no es un asunto que se concluya meramente de la idea, sino que supone algo que tiene lugar, en tanto que deviene como en una realidad concreta que impacta en el existente y reclama de él una respuesta. Ésta es tal vez la particularidad más modesta y, al tiempo, prudente de la reflexión, que se lanza al cometido de entender sin la intención de reducir la realidad existida a lo que el pensamiento agota. Efectivamente, el entendimiento es competente para obtener conclusiones oportunas para que el sujeto humano, valiéndose de su reflexión, pueda hacerse de un modo pertinente de existir, sin embargo, estas resoluciones no le ponen una traba al devenir autónomo de la existencia, pues apenas le dan alcance para que el existente sea capaz de existir en ella.

Desde esta perspectiva, la correspondencia sostenida entre el pensador y el entendimiento de la realidad no procede con tanta simetría como podría antojarse, ya que, en efecto, la existencia suscita en el existente un empeño por clarificar lo que éste tiene frente a sí, sin embargo, el movimiento reflexivo parece verse sorprendido e incluso sobrepasado por un horizonte que se muestra como condición de toda reflexión. De suerte que la realidad que inquieta al individuo puede ser pensada porque, precisamente, se anticipa al ejercicio reflexivo que provoca, una vez que el individuo cae en cuenta de la importancia que tiene reparar en determinado acontecimiento.

La existencia adelanta al pensamiento del existente y justo por ello, éste la piensa, ya que el acto reflexivo ensaya un modo de dar alcance a lo que hace frente al individuo, dando sentido a lo que está por existirse. La posición que se mantiene entre existente y existencia es la de una aventajamiento que la realidad comporta sobre el individuo que la existe, y aun cuando esta relación se manifiesta asimétrica, el sujeto que reflexiona no procede inerte, por el contrario, se ocupa operante de lo que tiene por existir, y por ello interviene su realidad reproduciendo lo que tiene lugar en su pensamiento, y así *el pensador subjetivo realmente existente, al pensar, reproduce incesantemente su existencia y pone todo su pensamiento en el devenir*.¹⁶

Este es el mérito del acto reflexivo que en Kierkegaard conlleva una cualidad transformadora, puesto que hace de una situación específica el escenario propicio de un devenir humano concreto. Sin embargo, el pensador danés advierte la importancia de admitir con transparencia y sensatez los alcances propios de la intervención humana en un mundo que mantiene una autonomía primordial respecto del individuo que la existe. De cierta forma, la advertencia kierkegaardiana puede resultar un tanto intempestiva, ya que supone la

16 Kierkegaard, *Post Scriptum*, 94.

necesidad de aceptar que a menudo la reflexión se ve sobrepasada por algo que el individuo no puede conducir a su antojo, es decir, el entendimiento humano eventualmente da con un límite no puesto por él existente, que al mismo tiempo demarca, provoca y demanda un gesto que proceda capaz de hacer propicia la realidad que el existente tiene ante sí.

Tal postura kierkegaardiana pudiese traducirse en una constante y tal vez molesta confrontación al merecimiento de la reflexión, pero sin ella, es fácil conceder una desbordada confianza al pensamiento, que termine por defraudar a aquel que no repara en sus límites. En esto radica la importancia de la propuesta de Kierkegaard, que apuesta por la reflexión, pero sin omitir la dificultad de dar con conclusiones que, en efecto, hagan propicia la existencia.

La ocasión de dar con un modo pertinente del existir humano ocupa a la reflexión que intenta poner en claro el verdadero acontecer que el existente tiene frente a sí. Al intervenir la realidad con este gesto de transparencia, el individuo obtiene un cierto modo de apropiación del mundo que existe, aunque es manifiesto que el apropiarse de la existencia no significa contenerla o dominarla, puesto que la existencia es incontenible e inabarcable. Por tanto, apropiarse, más bien, es hacerse de un mundo que proceda admisible o suficiente para el que deviene en él, pues la existencia para ser vivida no requiere de un acto de control por parte del existente, ya que apenas insta por verse alcanzada por un modo oportuno de existir. Por ello, en la apropiación kierkegaardiana *todo hombre es espíritu y la verdad la actividad autónoma de la apropiación, [...] en lo que hay que trabajar es en la apropiación y en la interioridad*¹⁷.

De manera que la naturaleza de la verdad kierkegaardiana va quedando al descubierto poco a poco con mayor nitidez, pues ahora es manifiesto que lo verdadero impacta, provoca y ocupa al existente, en tanto que así es como el individuo alcanza a apropiarse de un existir que corresponde a su peculiar cometido de transitar en una existencia que resulte propicia. La propuesta filosófica del pensador danés centra de este modo la importancia que tiene lo verdadero en la apropiación de la realidad que el existente tiene ante sí y, sin duda, esta pretensión conlleva un aspecto privatizante, tal y como lo indicamos anteriormente, aunque el carácter privado de la apropiación acaba por salir del ámbito íntimo del existente, precisamente, cuando la reflexión orilla al individuo a contrastar lo que ha obtenido a través de su pensamiento.

Este momento de contraste es identificado por Kierkegaard como el instante de la comunicación, en el que la tarea del pensador subjetivo es transformarse

17 Kierkegaard, *Post Scriptum*, 242 - 243.

en instrumento que clara y definitivamente exprese en la existencia lo esencialmente humano¹⁸. El acto comunicante se comporta transmisor de lo humano, debido a que lo que tiene lugar en un individuo concreto es susceptible de verse recibido por otro, al cual, le resulta familiar el cometido de apropiarse de un mundo que esta por existirse. Por ello, el secreto de la comunicación reside precisamente en liberar al otro¹⁹.

Aquello que un individuo particular alcanza a través de su intervención reflexiva y actuante en el mundo, puede verse replicado en la existencia concreta de otro, ya que existir humanamente es un asunto personal y a la vez algo que compartimos todos los que participamos de la misma condición. Por ello, lo que tiene lugar en el pensamiento de un individuo, se vacía de importancia si procede sólo como un asunto privado y abstracto en la inteligencia de quien lo piensa, ya que lo pensado mide su potencia al filtrarse en la existencia concreta de todos:

Actuar en sentido eminente pertenece esencialmente a existir *qua* persona. Al actuar, al lanzarse a lo decisivo, (algo de lo que todo ser humano es capaz) con máxima pasión subjetiva y completamente consciente de una responsabilidad eterna, uno aprende algo más, aprende que ser persona es algo más que estar año tras año preniendo cosas en un sistema²⁰.

De manera que el pensamiento mismo da la pauta del salir de sí que tiene lugar en el existente cuando se ocupa de pensar. La reflexión, en un sentido primordial, está netamente supeditada a este ejercicio de contraste que examina la pertinencia de lo pensado a través del filtro natural que opone la realidad en la que el existente deviene. El acto comunicante implica de este modo a un emisor, a una realidad, y a un receptor que participan de un escenario existencial que se descifra en una especie de complicidad sostenida entre existentes que igual tiene frente a sí un mundo por existir.

Por este motivo decimos que la reflexión es comunicativa, ya que nunca se detiene en el individuo que la ostenta, sino que al hacerse presente conlleva un mundo y un otro que hacen posible el horizonte de todo pensamiento. La comunicación se comporta entonces como el modo en que la reflexión entra en diálogo, contrastando lo pensado con lo que el existente tiene por existir, ante la mirada siempre crítica de aquellos que participan, también, de una existencia humana. En Kierkegaard, el mejor ejemplo de esta disposición comunicante del pensamiento que se lanza al contraste para depurar lo verdadero, se encuentra

18 Kierkegaard, *Post Scriptum*, 351.

19 *Ib.*, p. 83.

20 *Ib.*, p. 302.

en la figura socrática, ya que: *Todo se relaciona socráticamente, porque la relación entre un contemporáneo y otro, supuesto que ambos sean creyentes, es totalmente socrática; uno debe al otro*²¹.

El pensador danés encuentra en Sócrates este cometido de filtrar el pensamiento en la propia aptitud reflexiva del otro, el cual, también recurre al entendimiento para dar alcance a un existir propicio. Por este motivo, cada uno, y todos a la vez, indagamos y al tiempo trazamos la ruta de lo que cobra importancia en la existencia, de manera que todo aprendizaje del como existir, se traduce en una enseñanza en la que *parece preferible llegar a comprender verdaderamente uno a otro, a uno a través del otro, en la interioridad de cada uno, aunque esto sólo se pueda hacer lentamente*²².

De este modo, el pensamiento manifiesta el cometido mismo que todo existente sostiene al darse a la tarea de alcanzar una existencia que resulte suficiente como para ser vivida. La reflexión comporta este recurso del que el individuo participa para dar con un tono de suficiencia que acabe por añadir un carácter distintivamente humano a la realidad de cada existente. Con ello, la potencia del entendimiento se amplía gracias al carácter comunicante de la reflexión, que implica a un individuo concreto, pero involucra a todo el que existe humanamente.

Así se va desplegando la inercia del gesto reflexivo que manifiesta su aptitud transformadora de un mundo que no deviene sin ser intervenido, de manera peculiar y única, por el sujeto humano que existe en él. Aunque ahora queda claro que esta intervención no se da sin la participación de todo el que comparte una condición humana, y también, que los logros de la reflexión sólo ocurren de manera contingente y parcial, pues eventualmente la realidad sobrepasa al individuo, exigiendo de él un empeño renovado que vuelva a hacer propicia la existencia.

El acto reflexivo procede entonces como un llamado por hacer del existir un acontecimiento en el que la vida resulte idónea para ser existida por el individuo humano. No obstante, es manifiesto que tal idoneidad es frágil y se pone a prueba, eventualmente, cuando pierde suficiencia como para ser admitida sin más por el existente que deviene en ella. En el momento en que el sujeto se percata de esta insuficiencia para el existir, tiene lugar una potente interpelación que reanima la intervención del pensamiento, y así, la reflexión persiste, ya que emplaza a un nuevo cometido en el individuo, que preguntando se lanza a

21 Kierkegaard, *Migajas*, 75.

22 Kierkegaard, *Post Scriptum*, 277.

imprimir un restaurado sentido humano al mundo en el que transita su existencia.

El existente interpela el existir, y lo hace cada vez que lanza una pregunta, ya que ésta es el recurso del que el sujeto se vale para activar el gesto reflexivo que da alcance a la realidad que provoca al individuo. La ocasión de la pregunta se abre paso, así, porque el sujeto humano está interesado en existir, y su modo de intervenir la realidad, cuestionándola, ofrece ya un signo de lo que ocupa importancia en el existente: *la dificultad de la existencia reside en el interés del existente, y el existente está infinitamente interesado en existir*²³.

De modo que toda interacción reflexiva con la existencia expresa ya un interés, y en este empeño, se manifiesta lo que hace sentido en el existente, aun cuando el resultado de su cometido se muestre contingente, incluso, ambiguo. Por tal motivo, el gesto interpelante es en sí significativo, pues advierte la importancia de algo que provoca en el individuo una postura activa frente al existir. Esta posición que ocupa el sujeto interpelante, avisa la intervención que ha tenido lugar en una realidad que ahora deviene con signos de humanidad. Debido a ello, la existencia se ve como alterada cada vez que un existente concreto lanza una pregunta, la cual, como hemos dicho anteriormente, comporta un carácter comunicativo, que resulta propio del acto reflexivo al encontrar una réplica en aquellos que atienden a la pregunta.

Ahora la reflexión humana muestra su potencia trastocante, que responde, a modo de pregunta, ante una existencia que sin dejar de ser inabarcable, se ve modificada por el alcance que el individuo le da con el empeño de su pensamiento. Tal empeño se sostiene, precisamente, en el interés del existente en existir en una realidad humanamente admisible. Este aspecto de suficiencia, además, hace eco en todos aquellos que demandan, también, devenir en una existencia propicia.

La peculiaridad de la propuesta kierkegaardiana consiste en distinguir que, aun cuando el existente deviene en una realidad que lo sobrepasa, se encuentra al alcance del individuo humano el hacerse de un existir que le resulte favorable. Ello no implica que este rasgo de suficiencia se traduzca en un dominio de todas las variables que acompañan a la existencia. En otras palabras, es posible alcanzar una existencia propicia, pero nunca una terminada y completa. Todo logro obtenido por la intervención humana en el mundo es, como indicamos antes, parcial y contingente, pero no por ello ficticio o inoperante. Por el contrario, la potencia de la reflexión y la acción humanas dan cuenta de la ocasión en

23 Kierkegaard, *Post Scriptum*, 300.

que el existente se apropia de un existir significativo. En Kierkegaard, simplemente, esta apropiación nunca es definitiva, pero igual potente:

En cuanto se recuerda que filosofar no es hablar fantásticamente a seres fantásticos, sino que se habla a existentes; que, por tanto, no se decide en ella *in abstracto* si el esfuerzo continuo es cosa de menor entidad que el carácter cerrado y concluido del sistema, sino que la cuestión es con qué habrán de darse por satisfechos los hombres existentes en la medida en que son existentes, el esforzarse continuamente será lo único que no contenga un engaño²⁴.

El hecho de identificar la fuerza de la intervención reflexiva y actuante del sujeto humano en el mundo, reclama la sensatez de ubicar, también, su propio límite. El pensador danés no duda en señalar ambas cosas, de modo que la pericia que el existente alcanza para existir se ve esclarecida con este gesto. En el fondo, la propuesta de la subjetividad kierkegaardiana que indaga en las posibilidades y límites de la existencia humana, se traduce en una apuesta por la consciencia del sujeto que se ve orillada a responder ante una realidad que deviene, impacta, en ocasiones sobrepasa, y demanda del existente el compromiso de intervenir, alterar y significar la existencia.

Este cometido del proceder humano es a la vez su peculiaridad más vehementemente, puesto que, bajo esta perspectiva, lo propio de la existencia es verse modificada por la intervención del existente. El individuo está colocado en una realidad concreta que empuja hacia el sujeto humano y surte un efecto en él, pero, de cierto modo, este empuje se ve replicado por el existente que responde a su situación existencial dejando signos de su respuesta. Por este motivo, la realidad en la que se encuentra el individuo humano comporta siempre señales de humanidad.

El existir acaba por dar aviso de estos signos de lo humano que intervienen la realidad, trastocándola, para que tenga lugar una existencia que proceda admisible para el que la existe. Este rasgo distintivo de la condición humana anuncia el cometido que identifica al existente como aquel que da alcance a la existencia significándola, y con ello, la realidad se ve, hasta cierto punto, modificada por aquello que hace sentido en el sujeto humano. Por tal motivo, la realidad que deviene hacia el existente, no sigue sin verse revestida de una humanidad que advierte el modo en que el individuo ha respondido ante su propia situación existencial.

24 Kierkegaard, *Post Scriptum*, 128.

Tal gesto es resultado de un despliegue relacional que el existente mantiene con aquello que vive en un mundo que comporta el horizonte de todo existir. Aquí, el cometido de intervenir la realidad, acaba por desvelar el más genuino carácter de lo humano que se muestra en la forma en que cada existente replica ante la existencia. De tal suerte que el mundo que esta por existirse, es resultado de un devenir configurado por aquello que la realidad dispone para el individuo y por lo que éste opta frente a una situación concreta, que no continúa su paso sin revestirse de lo que el existente ha dispuesto, también, ante la existencia.

Esta es la razón por la que la libertad ocupará un lugar central en el pensamiento kierkegaardiano, ya que no hay forma de comprender el existir sin reparar en lo que el individuo ‘elige’, y es esta elección la que revela la auténtica naturaleza del individuo humano y su más transparente verdad. De cierto modo, uno parcial y contingente, el existente es lo que elige y no tanto lo que comporta el horizonte de su elección. En otras palabras, la reflexión kierkegardiana apunta hacia este hecho: existir es elegir, y la elección indica lo que adquiere o pierde sentido en una existencia que se ve modificada por lo que el existente hace con ella.

La ocasión de la libertad abre un nuevo episodio que no desestima el aspecto inabarcable de la existencia, pero que sí anuncia la importancia que tienen las determinaciones del individuo frente a su situación existencial. Este asunto nos ocupará en trabajos posteriores. Por ahora, considero suficiente señalar el aspecto relacional que contiene el Post Scriptum Kierkegaardiano sobre los acontecimientos de la existencia y la verdad. En este despliegue, la reflexión se traduce en un ensayo por significar la existencia de tal modo que ésta se vuelva propicia para quien la existe. Con este movimiento, la verdad de lo humano se desvela, para después ponerse a prueba en el instante de la libertad.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

Kierkegaard, Søren. *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*. Madrid: Trotta, 1997.

— “De los papeles de alguien que todavía vive: Sobre el Concepto de la Ironía”. Trad.: Darío González y Begonya Saez Tajafuerce. En Larrañeta R. *et al. Escritos de Sören Kierkegaard*, Volumen 1. Madrid: Trotta, 2000.

— *El Tratado de la Desesperación*. México: Grupo Editorial Tomo, 2005.

- “O lo uno o lo otro: un fragmento de vida I”. Trad.: Darío González y Begonya Saez Tajafuerce. En Larrañeta, R. *et al. Escritos de Sören Kierkegaard*, Volumen 2/1. Madrid: Trotta, 2006.
- *El Amor y la Religión*. Buenos Aires: Andrómeda, 2007.
- *El Concepto de la Angustia*. Madrid: Alianza, 2007.
- *Temor y temblor*. Buenos Aires: Losada, 2008.
- *La Repetición*. Madrid: Alianza, 2009.
- *Post Scriptum no científico y definitivo de Migajas Filosóficas*. Salamanca: Sígueme, 2010.

SECUNDARIA

- Aubenque, Pierre. “Sócrates y la aporía ontológica”, *Azafea*, [en línea], 6, 2004, 17-28. Universidad de Salamanca, http://campus.usal.es/~revistas_trabajo/index.php/0213-3563/article/viewFile/4729/4746 [Consulta: 1 de diciembre de 2016], ISSN: 0213-3563
- Adorno, Th. W. Adorno, Theodor. *Kierkegaard, construcción de lo estético*. Madrid: Akal, 2006.
- Amorós, C. *Sören Kierkegaard o la subjetividad del caballero*. Barcelona: Anthropos, 1987.
- Clair, A. *Kierkegaard: Penser le singulier*. París: Les Éditions du Cerf, 1993.
- Collins, James. *El pensamiento de Kierkegaard*. México: Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Colomer, Eusebi. *El pensamiento alemán: de Kant a Heidegger*. Barcelona: Herder, 2002.
- Guerreo, Luis. *Sören Kierkegaard: Una reflexión sobre la existencia humana*. México: Universidad Iberoamericana, 2009.
- Hannay, A. *Kierkegaard: the arguments of the philosophers*. Londres: Routledge, 1991.
- Larrañeta, Rafael. *La interioridad apasionada: Verdad y amor en Sören Kierkegaard*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca y Ed. San Esteban, 1990.

Maceiras, M. *Schopenhauer y Kierkegaard: Sentimiento y Pasión*. Madrid: Ediciones Pedagógicas DIP, 1996.

Sartre, J. P. *El ser y la nada*. Buenos Aires: Losada, 1998.

Sartre, J. P. “El universal singular”. En: Serrano A. *Kierkegaard vivo: una reconsideración*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2005.

Villoro, Luis. “La idea de Kierkegaard sobre la tragedia”. *Diálogos: Artes, Letras, Ciencias Humanas*. El Colegio de México, 19, 1983, 11-14.

